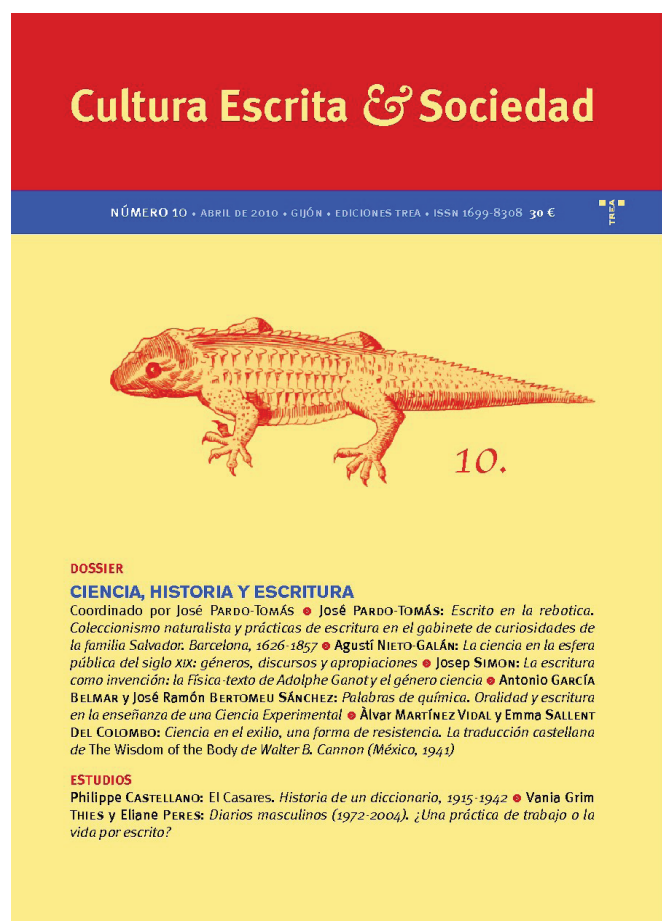


Sobre algunos de los tópicos que acompañan a la comunicación científica y al género de «divulgación»

Bertha M. Gutiérrez Rodilla*

José PARDO-TOMÁS (coord.) (2010): «Ciencia, historia y escritura» (dosier), *Cultura Escrita & Sociedad, Revista Internacional de Historia Social de la Cultura Escrita*, 10: 5-175.



La *Revista Internacional de Historia Social de la Cultura Escrita* ha publicado en su décimo número un interesante dossier integrado por cinco trabajos, que buscan poner de relieve algunos de los aspectos que se relacionan con la producción y la comunicación de la ciencia; observadas ambas no como facetas separadas y sucesivas de un proceso que pueden no tener nada que ver entre sí —que es como con frecuencia se consideran—, sino como lo que son en realidad: partes integrantes de una misma entidad. Sin embargo, no ha sido infrecuente hasta épocas relativamente recientes —y así nos lo recuerda el coordinador del dossier, José Pardo-Tomás, en la

introducción con que se inicia— que la historia de la ciencia occidental fuera para muchos la de la difusión de las ideas, teorías o descubrimientos realizados por las grandes figuras en los grandes centros productores hacia las personas comunes y vulgares de los espacios periféricos. Esto ha determinado que, a la hora de analizar períodos históricos, ámbitos geográficos, personajes, prácticas, escritos y objetos que hasta no hace demasiado tiempo eran invisibles para esa historia de la ciencia, se produzca una cierta incomodidad y que los resultados derivados de tales análisis no siempre encajen con las narraciones consideradas como canónicas hasta ahora. Sin embargo, no son pocos los historiadores de la ciencia que van dibujando un panorama distinto a propósito de aspectos varios, tales como la historia de la escritura, la enseñanza y la comunicación científica o la función que desempeñan los distintos públicos de la ciencia.

De esto que decimos dan buena prueba los cinco artículos recopilados en este número de *Cultura Escrita y Sociedad*, a pesar de sus distintos enfoques y de centrarse en ámbitos y casos bien distintos. El primero de ellos, «Escrito en la rebotica», que firma José Pardo-Tomás, se centra en el análisis de los diferentes materiales reunidos durante más de dos siglos (1626-1857) por diversas generaciones de miembros de una familia de boticarios de Barcelona, los Salvador, en su gabinete de historia natural. Tal análisis nos acerca a la cultura material de la ciencia durante todo ese periodo, así como a la actividad habitual que se desarrollaba en el gabinete; nos permite conocer los distintos géneros de escritura que se practicaban en la rebotica (cartas, informes, descripciones, clasificaciones...), dando cuenta de su evolución a través del tiempo, sin olvidar los diversos «públicos» que frecuentaban el establecimiento (visitantes, corresponsales, viajeros, coleccionistas...), que lógicamente incidían sobre la producción de conocimiento y su comunicación en ese espacio concreto de práctica científica. Todo ello contextualizado en el necesario marco europeo general que tuvieron estos espacios, donde se desarrolló buena parte de las prácticas científicas relativas a la historia natural durante más de tres siglos.

En el segundo artículo, Agustí Nieto-Galán repasa desde una perspectiva histórica la concepción tradicional sobre la «divulgación» científica. Dicha revisión se efectúa mediante el estudio de diferentes materiales, como conferencias públicas, cursos y proyectos editoriales, desarrollados durante del siglo XIX. Y alcanza tal revisión a sus distintos actores —autores, editores, lectores—, que de este modo consiguen un nuevo protagonismo. El enfrentarnos a materiales tan diversos como manuales escolares, libros de texto, libros de divulgación, literatura o artículos en revistas especializadas

* Área de Historia de la Ciencia, Universidad de Salamanca (España). Dirección para correspondencia: bertha@usal.es.

y en prensa cotidiana nos permite mejorar nuestro conocimiento sobre ellos, al tiempo que nos proporciona argumentos que sirven para desmontar ideas apriorísticas que sostienen la existencia de una rígida separación entre experto y profano: por el contrario, al margen de lo que anunciaran las leyes o los planes de estudio del momento, en este trabajo se muestra cómo el conocimiento científico recorría todas las clases sociales y de qué modo los diferentes grupos de lectores conseguían apropiarse de forma activa de los variados textos circulantes.

Por su parte, Josep Simon reflexiona sobre la tradicional división, a que ya hemos aludido, entre producción y comunicación de la ciencia, que lleva a entenderlas como dos acciones separadas e independientes. Algo que ha determinado, en general, la baja consideración que los historiadores de la ciencia han demostrado clásicamente por la escritura científica, de modo especial por los libros de texto, considerados como una práctica menor, ajena por completo al mundo de la actividad científica. A través del ejemplo de Adolphe Ganot y su obra, Simon nos muestra, sin embargo, cómo la escritura guarda en numerosas ocasiones una relación estrecha con la invención científica. Es más, la escritura forma parte de pleno derecho de la práctica científica, tanto por las interacciones sociales que puede generar como por su función formativa en la disciplina de que se trate o por la creación de un espacio de crítica entre los lectores, entre otras posibilidades.

La enseñanza de las ciencias es sin duda uno de los ámbitos en que la influencia de esa concepción de que la comunicación científica es un proceso unidireccional, separado de la producción de conocimientos, ha sido mayor. La enseñanza sería, además, el último eslabón en el proceso de transmisión del conocimiento, por lo que ni los métodos e instrumentos docentes utilizados ni los saberes transmitidos han interesado demasiado a la historia de la ciencia hasta hace poco tiempo. En ese contexto se sitúa el artículo de Josep Simon a que acabamos de referirnos, pero también el que lo sigue en el monográfico, elaborado por Antonio García Belmar y José Ramón Bertomeu Sánchez, dedicado a las prácticas de oralidad y escritura en el ámbito de la enseñanza de las ciencias experimentales. En concreto, las lecciones de Química impartidas en las primeras décadas del siglo XIX por Louis Jacques Thénard en el Collège de France. Un análisis que se lleva a cabo a través de los cuadernos o apuntes elaborados por algunos de los asistentes a tales lecciones a partir de las notas tomadas en clase y con el que se intenta recuperar no tanto la voz del profesor —como con frecuencia han hecho otros historiadores en sus acercamientos a este tipo de materiales—, sino la perspectiva de los alumnos, que además confeccionaron de modo muy distinto sus respectivos cuadernos. Esta perspectiva de los alumnos, según nos lo demuestran Bertomeu y Belmar, permite identificar algunas de las prácticas de estudio asociadas

a la escritura de los cuadernos, reconstruir el contexto en que se produjeron estas prácticas, comprender su función como herramientas para el aprendizaje de la química y entender los mecanismos que conectan la escritura de las lecciones orales con otras prácticas de lectura, escritura, observación y manipulación relacionadas con el aprendizaje de una ciencia experimental como la química.

Por último, Àlvar Martínez Vidal y Emma Sallent del Colombo nos proponen un ejemplo muy ilustrativo de cómo la traducción científica —en este caso de un libro de alta divulgación— puede constituirse en mecanismo de resistencia cultural y científica. Ilustra igualmente sobre la pluralidad de voces que una traducción puede contener, así como sobre la extensión geográfica que la edición de un libro puede abarcar. Se trata de la traducción al castellano de *The Wisdom of the Body* (1932), de Walter B. Cannon, profesor de Fisiología de la Harvard Medical School, realizada en el contexto del exilio y la diáspora de la escuela fisiológica catalana, acaecidos tras la Guerra Civil española. Una traducción llevada a cabo en Tolosa (Francia) por Jesús M. Bellido, antiguo subdirector del Instituto de Fisiología de Barcelona, que publicaría en México, en 1941, la Editorial Séneca, fundada y administrada por exiliados españoles. La versión española, revisada por Rossend Carrasco y Jaume Pi-Sunyer, otros dos miembros de la escuela fisiológica catalana, por entonces exiliados en México, contó con un prólogo de José Joaquín Izquierdo, profesor de Fisiología en la UNAM y un largo epílogo de August Pi-Sunyer, antiguo director del Instituto en Barcelona, afinado por entonces en Venezuela, donde acababa de fundar el Instituto de Fisiología Experimental de Caracas. Por medio de esta y otras traducciones, el antiguo grupo catalán desarrollaría —a decir de Martínez Vidal y Sallent del Colombo— un complejo programa de resistencia cultural, gestado en el exilio y ejecutado por diversos actores, que les permitía seguir siendo visibles ante la comunidad científica, además de continuar teniendo relevancia ante las editoriales latinoamericanas. De este modo, si no podían mantener a salvo su escuela, sí permanecía, por lo menos, la ilusión de proseguir en común la labor iniciada en Barcelona años atrás.

Se trata, en resumidas cuentas, de cinco trabajos desmitificadores y muy atractivos sobre la pluralidad de modelos de comunicación científica y de los actores involucrados en ella, que nos hacen reflexionar, por un lado, sobre lo pertinente de estudiar la escritura científica como parte integrante e inseparable de la construcción de la ciencia y, por otro, sobre la ausencia de fronteras nítidas entre los escritos científicos para los expertos y aquellos otros dirigidos a los profanos. Unos escritos entre los que existe más bien un *continuum*, una graduación, mediante la que imperceptiblemente se va pasando de unos registros a otros y de unos géneros a otros. En definitiva, cinco trabajos de lectura muy recomendable.

